

Los objetos de conocimiento de Humboldt: coleccionar en una era global

Miruna Achim

Universidad Autónoma Metropolitana, Ciudad de México, Cuajimalpa

Mover una colección a través del Huancabamba ... y luego a través del Atlántico

A mediados de agosto de 1802, Alexander von Humboldt se encontraba vadeando el río Huancabamba, en el actual Perú, en un “largo viaje de un día desde las rocas sieníticas del Valle Zulac [Zaulaca]”, camino al valle de San Felipe, “rico en restos fósiles y situado al pie del helado Páramo de la Yamoca.” Cruzar el Huancabamba resultó ser traicionero en momentos. Como Humboldt recordaría muchos años más tarde:

Tuvimos que vadear no menos de 27 veces el Río de Guancabamba, que cae en el Amazonas. Nos vimos obligados a hacer esto debido a las numerosas sinuosidades de la corriente, mientras que al frente de un precipicio empinado cerca de nosotros, teníamos continuamente a nuestra vista los vestigios del rectilíneo camino Inca, con sus Tambos. El pequeño arroyo de montaña, el Río de Guancabamba, no tiene más de 120 a 150 pies de ancho; sin embargo, es tan fuerte la corriente que nuestras mulas fuertemente cargadas estaban en continuo peligro de ser arrastradas por ella. Las mulas llevaban nuestros manuscritos, nuestras plantas secas y todos los demás objetos que llevábamos todo un año recolectando; por lo tanto, cada vez que cruzamos la corriente, nos paramos en una de las orillas en un estado de ansioso suspenso, hasta que el largo tren de nuestras bestias de carga, dieciocho o veinte en número, estaban bastante fuera de peligro.ⁱ

Para cuando Humboldt y su numeroso grupo llegaron al Huancabamba, él y Aimé Bonpland habían estado viajando hacia el sur a través de los Andes durante más de un año. Al llegar a Cartagena de Indias a principios de 1801, subieron por el río Magdalena hacia Santa Fe de Bogotá, y de ahí, hasta Quito, donde permanecieron durante la primera mitad de 1802. En julio, estaban de vuelta en el camino, siguiendo de cerca la impresionante red de carreteras y puentes que había articulado el poderoso imperio de los incas. Pasaron por Cuenca, Loja—reconocido por sus plantas de quinina --, Cajamarca—célebre nodo del imperio Inca --, Hualcayoc, con sus minas de plata, para finalmente llegar a Lima. A finales de 1802, se dirigían al puerto de Acapulco, en la costa del Pacífico de Nueva España.

Pero no nos adelantemos y volvamos a ese día, en el borde del río, cuando Humboldt esperó, en inquieto suspenso, veintisiete veces, que la caravana de veinte bestias de carga cruzara el rápido Huancabamba. Un paso en falso, una roca inestable y un año de colecciones serían barridos: dibujos botánicos y notas sobre la planta de Cinchona, frutos de largas conversaciones con el famoso botánico Celestino Mutis en Bogotá; explicaciones del calendario y la mitología de los muiscas de la Nueva Granada, por el padre José Domingo Duquesne; las primeras observaciones de Humboldt sobre la geografía vegetal, enriquecidas por las de José Francisco Caldas, a quien el prusiano conoció por primera vez en Ibarra;ⁱⁱ muestras de rocas, plantas y algunas antigüedades; mediciones y anotaciones de su ascenso al Chimborazo; descripciones y bocetos de ríos, senderos, volcanes, minas y vestigios prehispánicos, con glosas de leyendas locales sobre tesoros enterrados y sobre el regreso de los incas. Notas, dibujos y muestras tendrían que servir cuando las cosas en sí mismas eran demasiado frágiles, grandes o difíciles de llevar. Porque, ¿de qué otra manera se podría llevar el Chimborazo a Europa? Así que, hoy, desde la distancia de más de dos siglos, esperamos junto a Humboldt, consumidos por la preocupación, a que la larga fila de bestias y sus arrieros naveguen a través de un mundo de conocimiento, con precaución, una mula a la vez, un fragmento de los Andes a la vez.

Biógrafos y pintores han imaginado a Alexander von Humboldt principalmente como un héroe solitario: un hombre solitario escalando montañas y cruzando selvas, un erudito aislado inventando un nuevo mundo que en la intimidad de su gabinete. Hay una suposición tácita de que los especímenes, notas y mediciones que Humboldt recogió en el curso de sus viajes americanos fueron, para tomar prestado un término del filósofo Bruno Latour, los "móviles inmutables" – es decir, objetos que se mantienen estables a través de lugares y contextos distintos –, las pruebas firmes de realidades naturales y humanas del otro lado del Atlántico, que Humboldt, a su regreso a Europa, clasificó, ordenó y disciplinó en los treinta volúmenes de la edición francesa de su *Voyage aux régions équinoxiales du Nouveau Continent* y numerosas otras ediciones. Los cráneos humanos extraídos de una cueva del río Orinoco, para angustia de sus guías indígenas, se convertirían en evidencia para la distribución de razas humanas; paisajes andinos, para las estructuras botánicas y geológicas de la tierra; antigüedades americanas, para la evolución de la humanidad.

Sin embargo, el nerviosismo de Humboldt, mientras esperaba al borde del Huancabamba, parece decirnos lo contrario, que ningún objeto nunca ha sido un “móvil inmutable”, una prueba

fiel, por sí mismo, de las obras de la naturaleza o del hombre. Si Humboldt está preocupado, lo es, precisamente, porque los objetos mutan. No tienen estabilidad material u ontológica: se pueden romper, destruir, borrar, perder, barrer, robar, disputar u ocultar, en cualquier momento. Las tumultuosas aguas del Huancabamba son un recordatorio de lo que está en juego cuando una colección se traslada, no solo geográficamente -- de un lado del río a otro, de América a Berlín --, sino también lingüística y conceptualmente. Lejos de ser la empresa de un erudito solitario, la ciencia de Humboldt era colectiva y bulliciosa, social y materialmente densa, asunto de mulas y arrieros, de guías indígenas con conocimientos profundos de senderos y cursos de ríos, de barcos, capitanes de barcos, burócratas, funcionarios de aduanas, traductores, impresores, editores y otros estudiosos. Las dimensiones sociales de la ciencia humboldtiana, especialmente sus experiencias en los sitios más relevantes para las ciencias en las Américas, han permanecido en gran medida inexploradas.

Los círculos iluminados del Nuevo Mundo o los archivos de Humboldt

En enero de 1803, Humboldt y Bonpland llegaron a Acapulco. Desde esta bulliciosa puerta de salida a las Filipinas y China, viajaron hacia el norte, a través de la Sierra Madre, deteniéndose en lugares como el distrito minero de plata de Taxco, antes de llegar a la Ciudad de México. Humboldt y pasaron unos meses en la vibrante ciudad de los palacios, como también era conocida la capital de la Nueva España, visitando academias, salones, laboratorios y gabinetes, socializando con las élites de México y organizando excursiones a las ruinas cercanas y a lugares de interés geológico. Contrariamente a la leyenda negra que ha insistido en retratar a la monarquía española como mayormente ignorante, ineficiente y bárbara, en realidad la corona española tenía un control estricto sobre sus colonias del Nuevo Mundo. Ya en el siglo XVI, produjo elaborados cuestionarios e instrucciones para recabar información precisa y detallada y, en última instancia, para asegurar un uso más eficiente de las riquezas naturales y culturales de sus dominios. A mediados del siglo XVIII, estos esfuerzos aumentaron significativamente mediante expediciones científicas y la promoción de las ciencias en contextos locales, con la misión de producir conocimiento sistemático sobre los recursos botánicos, médicos y mineralógicos del imperio. Habiendo desarrollado las artes de la burocracia -- es decir, los mecanismos y estrategias para recopilar, organizar y guardar información-- antes de cualquier otro estado europeo, España se jactaba de extensos archivos sobre una gran variedad de temas.

La expedición de Humboldt al Nuevo Mundo no fue sino una de las últimas expediciones científicas a las colonias españolas en América; por lo tanto, el prusiano pudo acceder a la información generada en el curso de expediciones anteriores – esto sería crucial, por ejemplo, para sus descripciones estadísticas de la población, el comercio, la minería y la agricultura de la Nueva España –, y a muchas de las personas que habían ayudado a producirla y a las instituciones creadas expresamente para sistematizarla y centralizarla.

En la Nueva España, Humboldt quedó debidamente impresionado con la Escuela de Minas, que albergaba hermosas colecciones de física, mecánica y mineralogía.ⁱⁱⁱ Ahí, se reencontró con Andrés Manuel del Río, autor de un importante libro sobre mineralogía, *Elementos de La Orictognosia*, a quien había conocido en la Escuela de Minas de Freiberg. Del Río acompañó a Humboldt en viajes cortos— por ejemplo, a los prismas basálticos de Santa María Regla. Como muestra de su amistad, del Río le regaló a Humboldt la famosa celta de jadeíta que permaneció a las colecciones del Museo de Etnológico de Berlín hasta que se perdió en la Segunda Guerra Mundial. A unos cuantos pasos de la imponente Escuela de Minas, en los recintos del palacio virreinal, se encontraba el Jardín Botánico, “pequeño pero extremadamente rico en producciones naturales raras”, de “mucho interés para el comercio o la industria”.^{iv} Humboldt también tomó nota de la Real Academia de San Carlos, donde, pensó, tendría sentido exhibir antigüedades prehispánicas junto a la nutrida colección de moldes romanos y griegos.^v Al momento de su visita, la Ciudad de México era un museo al aire libre con todo tipo de antigüedades prehispánicas que parecían estar en todas partes, fungiendo como elementos estructurales y decorativos de edificios y puentes. Sin embargo, no todo estaba a simple vista. Para ver uno de los mayores monolitos de la cultura azteca, la Coatlicue -- que había sido excavada una década antes en la Plaza Mayor y enterrada de nueva cuenta al poco tiempo en un esfuerzo por extirpar supuestas idolatrías indígenas --, el viajero tuvo que apelar a las autoridades virreinales.

Humboldt también visitó colecciones privadas, donde estudiosos, tanto criollos como peninsulares, socializaban en torno a las antigüedades y a la naturaleza. Admiraba la colección de Fausto de Elhúyar, director de la Escuela de Minas, y quedó especialmente impresionado con el gabinete privado de Ciriaco González de Carbajal, magistrado de la Real Audiencia, que poseía "colecciones orictognósicas y geológicas muy notables" y un "excelente gabinete de conchas, formado durante su estancia en Filipinas, donde había mostrado el mismo celo por las ciencias

naturales, que lo distinguió en México".^{vi} González de Carvajal también fue un ávido coleccionista de antigüedades y promotor de las Reales Expediciones Anticuarias, que se estaban organizando en el momento de la visita de Humboldt a la Nueva España. Guillermo Dupaix, quien dirigió las expediciones entre 1806 y 1809, fue probablemente uno de los informantes de Humboldt en asuntos anticuarios. De origen flamenco, Dupaix había estado documentando y recogiendo artefactos antiguos desde su llegada a la Nueva España una década antes; Humboldt integraría muchas de sus notas y observaciones en sus propios escritos sobre las antigüedades americanas.

Estos fueron los círculos inmediatos que hicieron posible que Humboldt reuniera objetos e información sobre el Nuevo Mundo. Seguiría en contacto con muchos de estos hombres después de su regreso a Europa. Las élites intelectuales y políticas que abrieron sus gabinetes y archivos al joven viajero también eran nodos de complejas redes que conectaban la Ciudad de México con ciudades y pueblos de la Nueva España. Estos circuitos de intercambio de información y de objetos fueron los que usó Humboldt para describir la industria de la cochinilla Oaxaca y la recolección de vainilla en el golfo de México, que la corona española mantuvo en secreto de sus competidores. De esta forma, cuando regresó a Europa, Humboldt no llevaba consigo fragmentos de una realidad desconocida, sino objetos producidos a través de diversos procesos de traslado, intercambio e interpretación. Sus publicaciones constituían una traducción más –entre tantas otras –, que aspiraba a hacer legibles las realidades naturales y culturales de las Américas desde los lenguajes y las categorías de la ciencia europea del siglo XIX.

Diosas mexicanas y egipcias: hacia una ciencia universal del hombre

Vues des cordillères et monuments des peuples indigènes de l'Amérique (1810-1813), el llamativo álbum de Humboldt de sesenta y nueve “vistas” de “monumentos” naturales y artificiales, se abre con un grabado de la escultura de una “sacerdotisa azteca” que Humboldt había visto en la colección de Guillermo Dupaix. La “sacerdotisa” de Dupaix le recuerda a Humboldt un “ídolo” similar que recogió en las ruinas en Texcoco fuera de la Ciudad de México y que más tarde depositó en la colección del rey Friedrich Wilhelm III en Berlín. Pero Humboldt queda especialmente impresionado por el parecido entre la “sacerdotisa” y algunas representaciones de deidades en el mundo clásico. Su tocado, piensa, es como el de una estatua griega de Isis que vio en la Villa Ludovisi en Roma, en su viaje a Italia poco después de regresar

de América. Las conversaciones que tuvo con Georg Zoëga, el danés estudioso del antiguo Egipto y curador de códices mexicanos en la colección Borgia en Velletri, lo llevaron a identificar una característica distintiva en la parte posterior de la cabeza de la estatua, que Humboldt toma por nudo que le ata el pelo, elemento propio en las esculturas de Osiris. Además, Humboldt compara esa misma cabeza con aquéllas incrustadas en las capiteles de las columnas del Templo de Hathor en Dendera en Egipto, publicadas por Vivant Denon en su *Voyage dans la basse et la haute Égypte* (1802).

¿Cómo interpretar las lecturas de Humboldt sobre la “sacerdotisa azteca” a través de objetos del Viejo Mundo? Esta es una estrategia analítica muy presente a lo largo de la obra de Humboldt, como cuando compara, por ejemplo, las piedras del calendario muisca y el calendario azteca con los calendarios de los tibetanos y los egipcios. El antiguo Egipto había sido un punto de referencia para los cronistas del Nuevo Mundo desde que los artefactos exóticos de las Américas comenzaron a circular en Europa en el siglo XVI. Pero, en el siglo XIX, después de las campañas de Napoleón en el norte de África - en las que el joven Alexander había querido participar --, tales comparaciones se estaban llevando a cabo en un contexto de interés popular y académico sin precedentes en todas las cosas egipcias. El *Voyage* de Denon, uno de los primeros libros de referencia sobre el antiguo Egipto, llevó el zodíaco de Dendera a la atención del público francés, por lo que fue foco de controversias feroces, enfrentando a los partidarios de la Biblia contra aquéllos que pensaban que el mundo era mucho más viejo. Humboldt, que estaba en París en ese momento trabajando en sus *Vues*, aparentemente no tomó partido en las controversias. Aun así, estos debates encontraron camino a sus estudios comparativos entre los sistemas de calendáricos del Viejo Mundo y del Nuevo.

Más allá de estas circunstancias inmediatas, Humboldt miró hacia Egipto, en particular hacía la categoría de estilo, con el fin de encontrar el sentido, no sólo de las antigüedades prehispánicas que se presentaban ante sus ojos como una "multitud de formas extrañas y fantásticas",^{vii} sino también, más ampliamente, de las civilizaciones que dejaron tales vestigios. Medio siglo antes, el historiador de arte alemán Johann Joachim Winckelmann había postulado que el arte evoluciona de manera uniforme, a través de estilos de representación de la figura humana. Para Winckelmann, los griegos alcanzaron el estilo perfecto con su representación del desnudo masculino; en el contexto de su historia evolutiva, los egipcios y los etruscos lograron producir preludios imperfectos, mientras que la estatuaria romana fungió como el final de la cola

del periodo cuando el arte llegó a su apogeo. Basándose en la idea de Winckelmann, Humboldt propuso que la “tosquedad de estilo y la falta de corrección” de las antigüedades americanas – es decir, su desviación con respecto al ideal clásico de la figura humana - eran efecto, por un lado, de la ausencia de libertad individual y, por el otro, de factores climáticos y geográficos, particularmente, del estado de guerra perpetua que enfrentaba a los pueblos americanos con “una naturaleza perennemente salvaje y agitada.”^{viii} En un gesto que junta su curiosidad por los objetos artificiales y naturales, Humboldt sugirió que en las Américas, la forma de las antigüedades fue dictada por la extrema y masiva topografía: “volcanes con sus cráteres rodeados de nieve eterna [...], los contornos de las montañas, valles con sus flancos surcados, e imponentes cascadas.”^{ix} Aunque pensaba que las antigüedades americanas carecían de valor estético, Humboldt no las consideró “indignas de atención.”^x Al igual que los artefactos producidos por los egipcios, los etruscos o los tibetanos, los vestigios americanos serían particularmente valiosos como objetos epistemológicos de una ciencia universal, al “ofrecer a nuestros ojos una imagen de la marcha uniforme y progresiva del espíritu humano.”^{xi}

Es mediante la práctica de una antropología de la diversidad– para usar la expresión acuñada por Marie-Noëlle Bourguet - que Humboldt creó un lugar para el pasado antiguo del Nuevo Mundo en la historia universal de la humanidad y contribuyó a que sus vestigios adquirieran sentidos epistemológicos, comerciales y políticos. Humboldt llevó consigo pocas antigüedades americanas a Europa. Sus *Vues de cordillères*, sin embargo, pronto se convirtió en una referencia obligatoria para el estudio del pasado antiguo de América. Y él mismo continuó asesorando a muchos conservadores de museos sobre adquisiciones de artefactos americanos.

Un parlamento de cosas

Regresemos, una última vez, a la imagen de Humboldt en el borde del Huancabamba, para preguntar, una vez más, cómo se transmiten las cosas de un lugar a otro, de los Andes a museos en Berlín, de los salones de la Ciudad de México a sus *Vues des cordillères*. ¿Tiene sentido seguir estudiando y mostrando objetos de ciencia y de colección como ontológicamente puros y estables y no como el ensamblaje de la variedad de actores, humanos y no humanos, que los transportan y traducen?

Hace más de una década, Bruno Latour (2005) reflexionó sobre la palabra *Ding* como raíz común para decir “cosa” y “parlamento”. Describe específicamente el *Thingvellir*, el

parlamento islandés, que celebró sus asambleas, entre los siglos X y XIII, en el espacio de encuentro de las placas tectónicas americanas y euroasiáticas, donde se reunían por igual legisladores, para disponer el orden de las personas y las cosas, y la gente común, comerciantes, artesanos, artistas, para intercambiar bienes. El cuerpo político, Latour nos recuerda, es "grueso con objetos" y la gente se reúne alrededor de éstos, no porque sus significados sean fijos, sino porque siguen preocupando y dividiendo a sus usuarios.^{xii}

Humboldt no sabía de la tectónica de placas. Pero, al igual que el *Thingvellir* en Islandia, donde Europa se encuentra con América, sus escritos son espacios para el montaje, donde las cosas que recopiló durante sus viajes de cinco años en el Nuevo Mundo funcionan como sitios para la conversación y el desacuerdo sobre las maneras de ver, conocer, nombrar y usar objetos. Es hora de que prestemos atención a la poética y la política que conforman e informan la ciencia de Humboldt, no sólo por curiosidad anticuaria o placer histórico, sino porque es más urgente que nunca reconocer que los objetos siguen siendo asuntos de preocupación: críticos, densos, vibrantes, locales, globales. Necesitamos hoy, como en los viejos tiempos islandeses o en los libros de Humboldt, parlamentos para dar lugar a formas distintas de pensar los objetos del mundo, aquéllos recogidos por Humboldt y aquéllos que pronto encontrarán su lugar en el Foro Humboldt. ¿Qué asambleas harán posible perspectivas democráticas y situadas sobre las cosas? Esperamos, con curiosidad y anticipación, la apertura del Foro Humboldt como un espacio dedicado a hacer públicas las cosas, al reunir una multiplicidad de puntos de vista sobre sus significados y usos.

ⁱ Humboldt "The plateau of Caxamarca," in *Views of Nature, or contemplations on the sublime phenomena of creation*, vol. 3 (Londres, Henry Bohn), 1850, 398-399..

ⁱⁱ Alberto Gómez Gutiérrez, *Humboldtiana neogranadina*, Universidad Pontificia Javeriana, Bogotá, 2018.

ⁱⁱⁱ Humboldt *Ensayo político sobre el Reino de la Nueva España*, Vol. 2 (París, F. Schoell, 1811.121.

^{iv} *Ibíd.*, 123.

^v *Ibíd.*, 119.

^{vi} *Ibíd.*, 146.

^{vii} Humboldt *Vues des cordillères et monuments des peuples indigènes de l'Amérique* (París, F. Schoell), 1810-1813, 48.

^{viii} *Ibíd.*, 3.

^{ix} *Ibíd.*, 4.

^x *Ibíd.*, 2.

^{xi} *Ibíd.*

^{xii} Latour, "From Realpolitik to Dingpolitik: and introduction to making things public," in *Making Things Public: Atmosphere of Democracy*, edited by Bruno Latour and Peter Weibel (Cambridge, MA, MIT Press), 2005, 6.